

# La formación del sentir ético en la adolescencia

**Claudia Spina**

*Università degli Studi di Cassino e del Lazio Meridionale*

## Resumen

En este artículo se analiza la formación del sentir ético en la adolescencia poniendo de relieve la importancia del apoyo educativo de los padres. En una sociedad axiológicamente desorientada como la que vivimos, el cometido de la pedagogía es el de reflexionar sobre el nexo indisoluble entre el proyecto existencial y la eticidad, al objeto de sugerir estrategias para activar líneas válidas de educación moral. Todo ello para construir el homo ethicus y el ciudadano del mañana, mediante la promoción de la persona y el desarrollo democrático de la sociedad. El artículo se centra sobre todo en la labor del educador, que consiste en encauzar pedagógicamente al menor hacia una verdadera madurez moral, mediante una buena comunicación educativa.

**Palabras clave:** sentido, proyecto, educación, ética, adolescencia.

## Abstract

This article examines how the ethical feeling is formed during adolescence, and it highlights the importance of the parental educational support. In an axiologically disoriented society, as the one we live in, pedagogy is called upon to reflect on the unbreakable link between existential planning and ethics. The ultimate aim is that of indicating the useful strategies to activate valid paths of moral education. This is for the edification of the homo ethicus and of the citizen of tomorrow, throughout the promotion of the individual and democratic development of our society. The article focuses on the duty of the educator, which is to guide pedagogically the kid towards an authentic moral maturity, through a good educational communication.

**Keywords:** sense, project, education, ethics, adolescence.

## 1. Introducción. El proyecto existencial y dirección de sentido

En la sociedad actual presidida por la indiferencia ético-axiológica y la subjetivización de las normas en el ámbito pedagógico-educativo surge la exigencia de reflexionar sobre la educación moral para investigar sus consecuencias en términos de realidad humana y social y encontrar estrategias útiles para afianzar tanto la dimensión del proyecto existencial como la esfera de la eticidad. Ambas sinérgicamente relacionadas entre sí.

El reconocimiento del proyecto existencial, distintivo de la naturaleza de cada hombre, se concreta en una condición irrenunciable: el improrrogable compromiso de alimentar día a día la virtud, la posibilidad de experimentar comportamientos morales, de fomentar temas como la justicia, el bien, lo verdadero, la libertad y la paz, para conferir un firme andamiaje ético a la vida de cada uno.

La vertiente del proyecto existencial y, por tanto, de la autorrealización personal, remite a la instancia perentoria de la formación moral del sujeto adolescente, que le permite afrontar de forma adecuada el reto que supone el crecer. Según el personalismo pedagógico, la formación del sentir ético, coincidiendo con el más alto grado de autonomía y responsabilidad personal, se configura como condición irrenunciable para el cumplimiento del Sí mismo. A este respecto las palabras de Mounier son muy significativas: “Libertad y valor: el universo personal define el universo moral y coincide con él”<sup>1</sup>.

Al objeto de planificar día a día la existencia (una planificación que se perfila como un enigma, siendo su desarrollo futuro siempre incierto), de ingeniárselas para manejarse entre las muchas dificultades que el *hombre-buscador* ha de afrontar en su *viaje*, se requiere una dirección de sentido. Uno no puede dejar de asumir determinadas directrices, inspiradas en unos principios éticos válidos. Eso significa que para que se cumpla el Sí mismo, la naturaleza teleológica de cada uno, el único camino posible es el de la virtud, el que conduce a conquistar la *areté* griega.

Mediante el lenguaje metafórico es posible propugnar la coincidencia entre la dimensión humana y el *estatus* de peregrino. Si al ser *viajero* le guían los principios de la ética (además de ser éstos su fundamento), no solo será capaz de encauzarse hacia el *camino del sentido*, sino que sabrá desenvolverse y reubicarse una y otra vez en una sociedad contemporánea axiológicamente desorientada. Recorrer paso a paso el camino de la vida como protagonista dotado de

<sup>1</sup> MOUNIER, E., *Il Personalismo* (trad. del francés), Ave, Roma 2004, p. 113. En el presente artículo las citas extraídas de los libros italianos figuran traducidas al español (no en lengua original).

espíritu de búsqueda y orientado hacia metas más elevadas (en lugar de jugar un rol de simple e inerte observador exterior), le permitirá investigar detenidamente su propia interioridad, para conocerla a fondo y, siguiendo esta dirección, encontrarse por fin consigo mismo. Se trata de encontrar un camino y seguirlo, el camino existencial, tomando la única senda posible capaz de reprimir la alienación personal: el camino de la *significatividad ética*<sup>2</sup>, que realiza y contempla la coincidencia entre la búsqueda del núcleo identitario propio y la búsqueda de sentido. Dicho de otra manera, no se puede elaborar un verdadero proyecto individual de vida sin sentir en nuestro fuero interno el deber, sin contar con unos referentes externos válidos, es decir unos modelos fiables para aprender a escuchar la voz de la ley interior.

Resulta evidente comprender lo difícil que es emprender este camino eludiendo los otros dos que remiten al *escepticismo* (relacionado con la soledad) y al *hedonismo*, sobre todo hoy día, debido a una indiferencia moral generalizada y a una permisividad que va extendiéndose cada vez más y que en el plano educacional –tal como demuestra el actual debate pedagógico– se traduce en un intento de querer centrar nuevamente la atención sobre estos temas. Se trata de censurar comportamientos no moralmente inspirados, para otorgar un rol central a la dimensión del *ethos*, para que cada cual pueda llegar a la *ethics agency*, es decir a la competencia ética, que coincide con la capacidad de actuar “atendiendo a los tres referentes: nosotros mismos, los demás y las instituciones que nos garantizan”<sup>3</sup>. Al fin y al cabo, para que el comportamiento moral progrese es necesario que se establezca un constante y complejo movimiento dialéctico entre dos polos opuestos: el deber que sentimos en nuestro interior (esfera de la moralidad subjetiva) y el que deriva de las normas, de los valores externos (esfera de la moralidad objetiva), cuya función es orientar al sujeto y fomentar actitudes virtuosas<sup>4</sup>. Cuando el individuo sea capaz de manejar la contraposición de dichas posturas antitéticas, responsabilidades subjetivas y objetivas, sólo entonces habrá alcanzado una buena madurez ética.

<sup>2</sup> Cfr. MOLLO, G., *La via del senso. Alla ricerca dei significati dell'esistenza per un'autentica formazione culturale*, Editrice La Scuola, Brescia 1996, p. 45.

<sup>3</sup> XODO CEGOLON, C., *L'occhio del cuore. Pedagogia della competenza etica*, Editrice La Scuola, Brescia 2001, p. 233.

<sup>4</sup> A este respecto es muy interesante y útil la investigación llevada a cabo por el Instituto IARD sobre los jóvenes y la moralidad. De este estudio se desprende con toda claridad un concepto de *moralidad situada* (a veces ambigua), es decir relacionada con una determinada circunstancia, que el sujeto joven vive o se imagina que está viviendo (cfr. ZANUTTO, A., *Comportamenti giovanili tra rappresentazione degli adulti e gruppo dei pari: la moralità situata*, en BUZZI, C., CAVALLI, A., DE LILLO, A., [Ed.], *Rapporto giovani. Sesta indagine dell'Istituto IARD sulla condizione giovanile in Italia*, il Mulino, Bologna 2007, p. 224).

## 2. La exigencia ética como connatural al *humanum* y el apoyo educativo de los padres

Por todo lo anterior es posible entender la urgente necesidad de una educación que garantice al menor una *fuentes exterior* (sociedad) segura de la que mane una *nueva savia* regeneradora y de la que pueda aprovechar el vigor y la sustancia vital para poder responder a la exigencia ética connatural al *humanum*. Dicha fuente (que remite también a las enseñanzas transmitidas por la familia), bien acoplada con la *interior* (individuo) y *anterior* (especie), puede contribuir a construir en el sujeto el sentido del deber<sup>5</sup>.

En virtud de ello se advierte la necesidad de una educación familiar que incluya también –otorgándole la correcta importancia– la educación moral, ya que “la sociedad formada por padres, hermanos y hermanas es la primera sociedad humana y el primer ambiente humano donde [...] [el menor] recibe su alimento moral”<sup>6</sup>.

La formación del *sentir ético* de la prole representa una prioridad incuestionable y no puede delegarse en nadie más, ya que tiene que empezar a muy temprana edad, si bien es en la adolescencia cuando adquiere mayor relevancia por ser una fase esta que “por sus características de entusiasmo e idealismo, es particularmente propicia a ello”<sup>7</sup>. Por consiguiente, a partir de los primeros años del niño, los padres (primeros e insustituibles educadores), si por un lado dejan que el menor experimente relaciones afectivas sólidas y solidarias, por otro tienen el deber de cuidar el carácter moral del hijo. Por tanto le ponen normas y reglas de comportamiento para que las interiorice, conquistando la oportunidad de practicar el razonamiento fundamentado en principios universales y de revelarse como libre creador de sí mismo desde la justicia. El objetivo es provocar y consolidar en el sujeto que se está formando la actitud correcta, para que, de la misma manera que querrá que le sean reconocidos sus derechos, aprenda también a reconocer y a respetar los de los demás.

Un buen sistema que garantice el progreso moral del adolescente podría ser que las figuras parentales recurran al método Kohlberg: hablar de los problemas éticos, razonar juntos (padres e hijos) para reflexionar detenidamente sobre las distintas hipótesis posibles o sobre los múltiples caminos a seguir al objeto de resolver –dentro de la moralidad– el dilema en cuestión<sup>8</sup>.

<sup>5</sup> Cf. MORIN, E., *Il metodo 6. Etica* (trad. del francés), Raffaello Cortina Editore, Milano 2005, p. 3.

<sup>6</sup> MARITAIN, J., *L'educazione al bivio* (trad. del francés), Editrice La Scuola, Brescia 1963, p. 136.

<sup>7</sup> GALLI, N., *Educazione dei preadolescenti e degli adolescenti*, Editrice La Scuola, Brescia 1990, p. 170.

<sup>8</sup> Cf. HERSH, R., REIMER, J., PAOLITTO, D., *El crecimiento moral: de Piaget a Kohlberg*, Narcea, Madrid 2002, p.192.

Interiorizar las normas, es decir imponérselas a uno mismo, no es tarea fácil. Para ello habría que contar con un espíritu ya formado, capaz de distinguir entre el bien y el mal, lo justo y lo injusto, lo verdadero y lo falso. Sin embargo, al tratarse de un sujeto en fase de crecimiento, el adolescente, a menudo dominado por la “convicción de que su propio Sí mismo es mucho más importante que el del otro”<sup>9</sup>, no puede prescindir del apoyo educativo de los padres cuyo propósito es el de mitigar los aspectos narcisistas profundamente arraigados en su interior; en definitiva el adolescente necesita una formación moral fomentada conscientemente dentro de la familia y de la que podrá sacar la fuerza necesaria para encauzarse en un camino de autode-terminación personal.

Sin embargo hay que tener en cuenta que en la sociedad contemporánea a menudo aparecen nuevos valores (que se suman a los tradicionales) y que se producen cambios en los sistemas de preferencia de los jóvenes.

Un documento iluminador es la sexta investigación del Instituto IARD, donde se cotejan los resultados de los seis sondeos realizados entre 1983 y 2004 y que dan fe del cambio de valores que se han ido produciendo a lo largo del tiempo. Desde el pasado hasta hoy ha habido una “progresiva disminución del peso del trabajo, un creciente interés por la vida de relación, pero también un alza en el compromiso social y religioso, y un retorno del interés por la cultura”<sup>10</sup>.

Semejante escenario requiere una especial atención y una marcada sensibilidad por parte de los educadores, para poder transmitir de forma eficaz “a los jóvenes el tesoro de las ideas morales y de las vivencias morales de la humanidad”<sup>11</sup>, posibilitando la formación del *homo ethicus* y del *ciudadano* del mañana; es decir permitiendo tanto la promoción del sujeto y de su interioridad como el desarrollo democrático de la estructura social. Si queremos que cada sujeto sea un buen ciudadano del futuro urge construir unas identidades firmes y coherentes y poner remedio a la actual *crisis de la moralidad*.

En primer lugar son los padres los que deberían emplearse a fondo a fin de orientarse ellos mismos primero y a sus hijos después dentro del amplio universo axiológico y poniendo en práctica el proceso educativo que, dicho sea de paso, siempre corre parejo con la moral. De hecho no se puede hablar de educación sin hacer referencia a los aspectos éticos, sin recordar esa axiología compartida que en la acción formativa tiene que ser subyacente. Hay que *encarnar* en

<sup>9</sup> PIETROPOLLI CHARMET, G., *Ritratto dell'adolescente di oggi*, Laterza, Roma-Bari 2009, p. 3.

<sup>10</sup> DE LILLO, A., *I valori e l'atteggiamento verso la vita*, en Buzzi, C., Cavalli, A., De Lillo, A., (Ed.), *Rapporto giovani. Sesta indagine dell'Istituto IARD sulla condizione giovanile in Italia*, il Mulino, Bologna 2007, pp. 152-153.

<sup>11</sup> MARTAIN, J., *L'educazione della persona* (trad. del francés), Editrice La Scuola, Brescia 1962, p. 69.

el adolescente principios sanos y notables, unos ideales respetables a los que aspirar, para que él pueda renovarlos en el tiempo de forma autónoma, luchando contra los antivalores que carecen de cualquier cualidad positiva: tiene que “construir él mismo las herramientas que le transformarán interiormente, es decir realmente y no solo en la superficie”<sup>12</sup>. Es necesario corroborar en él determinados valores, para orientarle en la realización de su existencia, una existencia regida siempre por el bien común.

En la adolescencia todo ello está cargado de un significado especial, ya que el sujeto se caracteriza por una actitud ética que se puede definir como inconstante, a veces incoherente; una conducta que, precisamente por estas peculiaridades, corre el riesgo de desembocar en acciones irresponsables, imprudentes, a veces peligrosas y violentas, que requieren una correcta y juiciosa orientación por parte de los adultos a quienes les corresponde responsabilizarse en desempeñar la función de guías competentes y evitar fracasos educativos. Se deduce que eludir el problema ético coincide no solo con una conducta irresponsable por parte de los padres, sino también dañina, ya que no fomentar los recursos morales en el sujeto significa que este vacilará a la hora de tomar decisiones existenciales, le impedirá desarrollar lo mejor de sí mismo y le hará correr el riesgo de dejarse atrapar por falsos ideales y valores inauténticos y de cristalizarse en una conducta engañosa y corrupta.

### **3. Actuación de una ética educativa**

Estas reflexiones revelan la importancia del tema y ponen el acento sobre el nexo sinérgico que une moralidad y educación, invitando a actuar, con sumo cuidado, una ética educativa. Hay que guiar al adolescente hacia el descubrimiento y la aceptación voluntaria de la moralidad. En esta fase de desarrollo el joven pone de manifiesto cierta propensión a querer actuar según su particular forma de entender o de interpretar las situaciones que vive; basa sus decisiones casi exclusivamente en sus juicios personales más que en los consejos que le dan los adultos, convencido de que va a saber distinguir el bien del mal desde ese mismo momento.

A partir de la pre-adolescencia, y luego en la adolescencia, el sujeto empieza a manifestar una fuerte curiosidad hacia todo tipo de problemas existenciales. Este interés por los distintos aspectos relativos a la vida de cada ser humano le guía hacia la comprensión de la realidad que le rodea, que conocerá de forma adecuada siempre y

<sup>12</sup> PIAGET, J., *Dove va l'educazione* (trad. del francés), Editore Armando, Roma 1974, p. 107.

cuando se le ofrezca una ayuda para que pueda ejercer su autonomía decisional. Esto significa que hay que transmitirle la educación de la voluntad como educación moral, es decir, indicarle cuál es el camino correcto para que consiga usar plenamente ese poder irrenunciable y fundamental del que todo individuo debería ser titular: el ejercicio de la capacidad de decisión moral libre; un poder al que nadie debería estar obligado a renunciar, so pena de no poder llegar nunca a ser realmente dueño de sus acciones ni a tener la posibilidad de definirse a sí mismo *hombre*.

Procediendo por grados, el sujeto en fase de crecimiento llega a interpretar la ley moral, a reflexionar sobre sí mismo, sobre el comportamiento que ha tenido en cada una de las circunstancias, para llegar al final a definir su propia eticidad, a querer elaborar su propio proyecto existencial. Configurándose como actor principal del proceso de autoeducación, es decir como el que juega una parte activa en la actuación de su crecimiento humano, el adolescente hace progresivamente suyos determinados hábitos de comportamiento, inspirados en aquellos principios éticos hacia los que ha sido previamente encauzado por los adultos que han cultivado su mundo interior, contribuyendo a la creación de su personalidad. De esta forma, las acciones llevadas a cabo por él no chocarán con los valores morales que ha empezado a interiorizar, ya que él, que ya ha dejado de ser un niño, habrá empezado a desarrollar poco a poco la capacidad de actuar con rectitud, en plena libertad.

La educación moral del adolescente apunta a la formación de una personalidad libre, capaz al mismo tiempo de respetar la libertad de los demás y de no dejar en ningún momento de renovarse interiormente a lo largo de su fase de crecimiento individual, rehuyendo el vicio y a la vez el riesgo de convertirse en *homo homini lupus*<sup>13</sup>. Semejante objetivo requiere la instauración de un clima familiar formativo, que no se caracterice por la autoridad incuestionable de los padres, ni por la constricción y la obediencia filial forzada, sino por el cariño parental incondicional, por la autonomía, la reciprocidad y una responsabilidad libre y gradualmente adquirida por el hijo en fase de formación. Para que el sujeto pueda desarrollar un sentimiento moral es necesario que “viva en un contexto donde a medida que va creciendo vaya conociendo el *límite* y la *libertad*; es decir que entienda que no puede hacer todo lo que quiere porque hay pequeños deberes que tiene que cumplir”<sup>14</sup>. De lo anterior se deduce que la cuestión inherente a la expresión del acto volitivo, al desarrollo de la personalidad moral del adolescente, nos remite a la antigua antinomia entre la autoridad de la ley y la libertad. Sin embargo, mirándolo bien, se trata de una

<sup>13</sup> Cf. MONDIN, B., *Filosofía della cultura e dei valori*, Editrice Massimo, Milano 1994, p. 265.

<sup>14</sup> GALLI, N., *La famiglia un bene per tutti*, Editrice La Scuola, Brescia 2007, p. 94.

contradicción aparente, pues como nos enseña Laberthonnière, no se puede dejar de distinguir entre “la *obediencia servil* que equivale a la autoridad autoritaria [...] y la *obediencia libre* que se corresponde con la autoridad liberal. Si en el primer caso obedecer es *soportar*, en el segundo no lo es en absoluto, ya que aquí obedecer es *aceptar*”<sup>15</sup>. Y así es como, favoreciendo esta última clase de conformidad a la ley, los padres solidarios, mediante el ejercicio de una autoridad liberadora (que es *amor* y cuyo *poder* seguramente no se propone la subordinación o la opresión del menor como fin), fomentan en él la formación del carácter. Le apoyan en la introyección del deber; un proceso que a lo largo del tiempo conduce a la elaboración de convicciones propias y honestas, necesarias para demostrar constancia en el plano moral; le permiten actualizar las fuerzas y las energías latentes en su fuero íntimo; le habilitan para forjar esa forma interior que en cualquier caso hará que sea único e irrepetible. “La formación moral entraña siempre aspectos racionales y extrarracionales y representa la armadura espiritual con la que el joven puede defenderse de las seducciones de la vida diaria”<sup>16</sup>.

Utilizando una expresión de extraordinaria eficacia y densidad pedagógica acuñada por Laberthonnière, es oportuno destacar que para ayudar al menor en la conquista de sí mismo, en la autoconciencia de sus responsabilidades y en compartir los ideales comunes, la *autoridad* de cada uno de los padres tiene que ser “siempre un alma que se entrega. No interviene en la vida de otras almas para poseerlas, sino todo lo contrario: les ofrece los medios para ser plenamente dueñas de sí mismas. Es un alma que alimenta a otras almas con su propia sustancia para que vivan y crezcan, a fin de ponerlas en condiciones de entregarse a su vez y de realizar a su vez obras de personas humanas”<sup>17</sup>.

#### 4. La vida virtuosa como condición de ser feliz

La antinomia de fondo entre los conceptos de *autoridad* y de *libertad* remite a la ficticia oposición entre *educación moral* y *felicidad*, de la que hay que fomentar la superación. Bien mirado, la práctica educativa de los padres, encaminada a infundir en el adolescente el amor, el interés por una vida regida por el compromiso moral, a menudo se ve obligada a enfrentarse con la deseabilidad de lo negativo ético<sup>18</sup>. No hay duda de que el sentimiento del deber el menor lo

<sup>15</sup> LABERTHONNIÈRE, L., *Teoria dell'educazione* (trad. del francés), La Nuova Italia, Firenze 1937, p. 35.

<sup>16</sup> GALLI, N., *Educazione dei preadolescenti e degli adolescenti*, cit., p. 175.

<sup>17</sup> LABERTHONNIÈRE, L., *Teoria dell'educazione*, cit., p. 45.

<sup>18</sup> Cf. GATTI, G., *Morale, educazione morale, felicità*, en “Orientamenti Pedagogici”, 2 (2009), pp. 306-307.



percibe como una imposición exterior, una orden que parece desconocer su propia naturaleza, hecha de deseos espontáneos, necesidades inmediatas, búsqueda de la felicidad, sobre todo en los primeros estadios del desarrollo moral, cuando el sujeto manifiesta todavía inmadurez en el respeto de la ley. Por eso en un principio el joven advierte la exigencia de sustraerse a los requerimientos formulados por las generaciones adultas para que mantenga comportamientos éticamente correctos. Debido a que el sujeto todavía da muestras de inmadurez moral, la necesidad de afirmar los valores universales y de perseguir la virtud choca duramente con su propensión natural que consiste en disfrutar de las pequeñas, fútiles y transgresivas satisfacciones personales, en conseguir satisfacer todos y cada uno de sus deseos o en rehuir cualquier privación.

A partir de aquí empieza la ardua labor educativa del padre y de la madre reconocible en la *socialización moral* de la prole, el complejo reto educativo que consiste en *re-motivar* hacia lo moral, que les exige actuar desde el aristotelismo ético, en el sentido de no restringir el campo del *ethos* solo a la justicia (como propugna Kohlberg), para ofrecer al menor una *tabla de las virtudes*<sup>19</sup>, una *constelación de valores*, es decir un amplio abanico de cualidades morales que hay que experimentar concretamente viviéndolas día a día. Los padres tienen que dar testimonio en primera persona, en el día a día, del significado de las virtudes que se convierten en *hábitos* y que se adquieren mediante la enseñanza y el ejercicio constante, ya que “conseguiamos ser justos haciendo justicia”<sup>20</sup>; es mediante el *hábito* como se puede orientar la conducta, las decisiones y el arte de vivir de uno.

Asimismo las figuras parentales tienen el deber de hacer hincapié en el carácter indispensable de algunas pequeñas renunciaciones, para poder conseguir posteriormente otras satisfacciones más profundas o disfrutar de una felicidad auténtica y duradera, y no inmediata, ilusoria y fugaz. Solo mediante la educación que persigue fines rectos y buenos, y mediante la elaboración de un proyecto educativo inspirado en el *sentido común*, en la *sabiduría (phrónēsis)* y en el *justo medio*<sup>21</sup>, será posible fomentar y consolidar la *virtud*. Al mismo tiempo, en perspectiva teleológica, podremos inclinarnos hacia la condición de felicidad que se corresponde con la vida virtuosa y con un acabado cumplimiento del Sí mismo, con la *forma humana* más noble. Todo ello porque el bien de la persona individual coincide con el bien moral (en perspectiva cristiana, reverberación del Bien supremo, divino) que aparece naturalmente deseable, a la par que cualquier cosa que resulte conveniente al propio individuo. Y es aquí donde desaparece

<sup>19</sup> Cf. ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, libro II, 7, 1107a 28-1108b 10.

<sup>20</sup> *Ibid.*, 4, 1105a 19.

<sup>21</sup> Según la ética aristotélica, el justo medio no representa un absoluto (en cuanto tal, válido para todas las personas) pues lo determina la recta razón conforme a la experiencia.

la inicial aporía entre la educación ética y la situación personal de satisfacción y contento. Esta verdad es absolutamente evidente, pero al mismo tiempo hay que ponerla de relieve y transmitirla a las nuevas generaciones para que cada menor aprenda a adoptar su propia conducta conforme a estos principios que, en el ámbito de una vida individual y social moralmente correcta, son cruciales. Para que cada uno de ellos capte y cultive el nexo fundamental e inquebrantable entre el ser hombre virtuoso y persona auténticamente feliz: conceptos todos ellos directamente proporcionales.

Para ello las figuras parentales, sobre todo en la fase pre-adolescencia y adolescencia, no pueden eximirse de fomentar en sus hijos la maduración de una actitud reflexiva, crítica, que les lleve a entender que elegir acometer acciones incorrectas en el plano ético, provocando la infelicidad ajena (es decir del “tú”, en la doble acepción: el semejante que tienes en frente; el mundo) no puede de ninguna manera autogratificar. “La elección es inteligencia deseosa [...] o deseo inteligente, y esta clase de principio es el hombre”<sup>22</sup>. Por consiguiente, siendo el bien moral naturalmente deseable, los educadores, para fomentar y afianzar el *saber moral*, no pueden subestimar la estrecha relación entre acción responsable y estado de bienestar, de felicidad. Remarcando este vínculo, es decir insistiendo en la tesis según la cual el actuar recto conduce a una respuesta a los deseos profundos de cada uno (al principio desconocidos), a satisfacer la deseabilidad del bien moral, es donde puede hallar fundamento una educación correcta y positiva del *sentir ético*: la que se propone infundir en el sujeto conocimiento y amor al sumo bien, que primero hay que desear y sentir como algo que hay que hacer, para luego ser producido realmente y realizado concretamente.

“Por otro lado la adquisición por parte del educando de la capacidad de percibir en la complejidad y oscuridad de las vivencias cotidianas, su propio bien verdadero, exige que se haya formado en él una progresiva familiaridad con el bien moral, en la que intervenga no sólo el intelecto que ha de reconocerle sino también el mundo del deseo que ha de amarle”<sup>23</sup>.

Por consiguiente a los padres se les pide que sepan leer, que sondeen detenidamente las aspiraciones recónditas de sus hijos, encauzándolos hacia ellas para que tomen conciencia de ellas. Hay que fomentarles la aptitud para explorarse a sí mismos pero también para explorar las múltiples circunstancias existenciales, las noticias procedentes de la realidad exterior, para someterlas a una crítica minuciosa, para ordenarlas y seleccionarlas y poder así entender plenamente cuáles son válidas y cuáles son respetuosas de sus sanos

<sup>22</sup> ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, libro VI, 2, 1139b 5.

<sup>23</sup> GATTI, G., *Morale, educazione morale, felicità*, cit., p. 315. Cf. MACINTYRE, A., *After Virtue: a study in moral theory*, Duckworth, London 1981, p. 252.

deseos y del verdadero bien, pero sobre todo verídicas, que se puedan sopesar. Ello significa llegar a tener plena confianza en uno mismo a la hora de decidir autónoma y correctamente, evitando incurrir en lamentables errores, sorteando peligrosos condicionamientos y manipulaciones de los demás y descubriendo al mismo tiempo su personalidad crítica.

El hallar una estrecha relación entre criticidad, libertad y principios éticos, mediante la realización de este tipo de educación que se propone fortalecer la inteligencia interpretativa del individuo, le permitirá al sujeto adquirir capacidades fundamentales como, por ejemplo, actuar con sabiduría, en total libertad, llevar a cabo elecciones autónomas, decidir con responsabilidad, juzgar de forma adecuada, elaborar un proyecto de vida. De ello se deduce que “educar al hombre crítico es formar al hombre libre”<sup>24</sup>. Es necesario procurar que el espíritu crítico se convierta en un comportamiento mental capaz de inspirar cada acción humana, desde la intelectual a la moral, capaz de potenciar en el individuo el pensamiento creativo, el pensamiento divergente.

A fin de eludir fracasos educativos y en vista de una educación moral exitosa, es importante que el menor sienta un respeto espontáneo hacia sus padres; ante sus ojos ambos “deberían ser personas de prestigio”<sup>25</sup>, por ser capaces de encarnar y de aplicar con coherencia y constancia los valores propugnados, o sostenidos tenazmente. De esta forma empieza a producirse, poco a poco, la transición de la heteronomía, *función vicariante*, a la autonomía, que para desarrollarse exige “imperiosamente [...] la vivencia y la libertad de búsqueda, sin las cuales la conquista de cualquier valor humano no es más que ilusión”<sup>26</sup>.

## 5. El educador como testigo autorizado y la disposición a la autorrealización personal

La relevante y perentoria función educativa de los adultos –especialmente la de las figuras parentales que han de revelarse como *presencia viva del bien moral*<sup>27</sup>, *adultos significativos*, *testigos autorizados*<sup>28</sup>– empieza a perfilarse sobre todo en la fase de la adolescencia, una etapa hecha de evidentes incertidumbres y numerosas

<sup>24</sup> ROSSI, B., *Educare il preadolescente*, Editrice La Scuola, Brescia 1995, p. 89.

<sup>25</sup> GALLI, N., *La famiglia un bene per tutti*, cit., p. 95.

<sup>26</sup> PIAGET, J., *Dove va l'educazione*, cit., p. 111.

<sup>27</sup> Cf. BELLINGRERI, A., *Il superficiale, il profondo. Saggi di antropologia pedagogica*, Vita e Pensiero, Milano 2006, p. 191.

<sup>28</sup> Cf. PATI, L., *Progettare la vita. Itinerari di educazione al matrimonio e alla famiglia*, Editrice La Scuola, Brescia 2004, p. 51.

fragilidades<sup>29</sup>. Para no fallar en el delicado cometido pedagógico del que son titulares, los adultos necesitan afianzar, día a día, las enseñanzas transmitidas mediante el ejemplo constante y coherente. Es decir, deben dar testimonio de los valores y principios divulgados a sus hijos, configurándose como personas leales, merecedoras de su estima, de su confianza, de su respeto. No hay duda de que “no puede haber crecimiento y personalidad mínimamente sólida y cohesionada sin firmes referentes [...] [que enseñen al menor] a leer el gran libro del mundo”<sup>30</sup>. De hecho estamos de acuerdo en que lógicamente no se puede pretender que la prole tenga una conducta recta y responsable si los adultos primero no obran conforme a su pensamiento, si no se afirman en calidad de modelos positivos; modelos que no dejan traslucir ninguna forma de contradicción y que estimulan al sujeto que está creciendo para que haga suyos comportamientos virtuosos orientados a asentar la verdad y el bien. Potenciando sobre todo la disposición al diálogo intergeneracional, los padres contribuyen a construir en sus hijos un ideal de vida, que cobra valor solo si es vivida conforme a un proyecto ético, a una conducta moral; es decir le permiten conquistar esa “ventaja moral inestimable e insustituible”<sup>31</sup> que un entorno familiar disgregado, problemático, no puede asegurar.

Después de haber destacado la importancia de la práctica educativa familiar, es decir de ese apoyo de los padres que nunca ha de faltar, es necesario subrayar que por su parte los adolescentes tienen que mostrar una buena disposición a querer forjar su propio proyecto de vida, a querer contribuir de forma activa a la autorrealización subjetiva, a la construcción de una identidad equilibrada y éticamente madura. Dicha colaboración, que tiene que establecerse entre las figuras parentales y los hijos, es indispensable para alcanzar unos resultados positivos y unos éxitos duraderos en el campo educacional.

La familia<sup>32</sup>, pese a los cambios que ha venido sufriendo a lo largo del tiempo<sup>33</sup>, es depositaria de un cometido moral específico: tiene que reconocer los múltiples potenciales del menor, para que conozca y ame el bien, para que afine el juicio, en el respeto de las normas

<sup>29</sup> Cf. ID., *Nuove fragilità e intervento educativo*, en “Consultori Familiari Oggi”, 2 (2014), pp. 7-11.

<sup>30</sup> BELLINGRERI, A., *Il lavoro educativo in tempi difficili*, en “La Famiglia”, 245 (2008), p. 11.

<sup>31</sup> MARITAIN, J., *L'educazione al bivio*, o. c., p. 136.

<sup>32</sup> Para favorecer en la prole un sentir ético, sería fundamental respirar un clima empático dentro del núcleo doméstico. Es más, la propia familia debería convertirse en una auténtica *microcomunidad empática*, para poder actuar una educación moral auténtica (cfr. BELLINGRERI, A., *Il superficiale, il profondo. Saggi di antropologia pedagogica*, o. c., pp. 194-198).

<sup>33</sup> Cf. ÁLVAREZ VÉLEZ, M. I., BERÁSTEGUI PEDRO-VIEJO, A., (Ed.), *Educación y familia: la educación familiar en un mundo en cambio*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2006, pp. 359; GINSBORG, P., *Famiglia Novecento. Vita familiare, rivoluzione e dittature 1900-1950*, Einaudi, Torino 2013, p. 678.

de comportamiento y de vida conforme a principios universales; para que él, armonizando en su interior el *tener que ser* con el *tener que hacer*, establezca relaciones auténticas consigo mismo, con los demás y con el entorno. A partir de la ley (medio noético y ámbito objetivo) que ofrece al adolescente indicaciones relativas a su conducta recta, hasta que alcance la virtud (medio práctico y ámbito subjetivo) que le permita desplegar cumplidamente su propia humanidad, el núcleo familiar se configura como ámbito privilegiado para el fomento de una educación inspirada en la bondad moral, orientada al ideal ético<sup>34</sup>. Se trata de poner en práctica una formación orientada a estimular al menor para fortalecer su conciencia subjetiva, a animarle a lo largo de la compleja trayectoria que le llevará a la autenticación de la personalidad, a la autoformación de la estructura identitaria, mediante la confrontación y el intercambio constante con los familiares y con la comunidad entera.

## 6. El valor supremo de la persona y la tríada sí mismo/otro/instituciones

Urge destacar que no hay que olvidar nunca el valor supremo que supone el fundamento de todos los valores: la *persona*, considerada como estructura ontológica además de axiológica. No existe la moralidad independientemente del sujeto que percibe, que piensa, que actúa, que comunica. Siempre hay que tomar al ser humano –elemento imprescindible de la dimensión ética– como punto de partida para afrontar de forma eficaz y previsor, más que superficial, la cuestión de la educación moral, para poder fundar una pedagogía de la competencia ética. Esta concienciación tiene que animar a la figura de los progenitores y a los educadores profesionales, que tienen el deber de no perder de vista el eje en torno al cual gira el compromiso moral, el ideal ético, es decir la *persona*, hacia la que se debe dirigir, con inteligencia y juicio, el cuidado educativo. Potenciar al individuo, cultivar en él la eticidad desde las primeras fases de su existencia, apoyarlo en la interpretación de la realidad, en la toma de decisiones de valor, en la capacidad de ver el mundo según justicia, es decir guiarle en la formación del órgano moral (la vista)<sup>35</sup>. Este es el *télos* hacia el

<sup>34</sup> Cf. DONATI, P., *La famiglia. Il genoma che fa vivere la società*, Rubbettino, Soveria Mannelli (CZ) 2013, pp. 183-205.

<sup>35</sup> A efectos del cumplimiento ético, los educadores necesitan potenciar el órgano moral, es decir la *vista*, para que el menor aprenda a observarse a sí mismo, a los demás y a la realidad que le rodea, adquiriendo una perspectiva capaz de eludir lo superficial y de sondear lo profundo. Todo ello en virtud de una sensibilidad ética muy afinada: el *ojo del corazón* (cf. XODO CEGOLON, C., *L'occhio del cuore. Pedagogia della competenza etica*, o. c., p. 287).

que hay que dirigirse y que será posible alcanzar actuando desde la perspectiva del personalismo pedagógico que confirma y corrobora la singularidad, la unicidad, la dignidad de cada hombre y de cada mujer, cuyo cometido es el de esculpir su forma interior, de realizar de la mejor forma posible su proyecto de vida, respetando el progreso ético personal. Cuando se fomenta la formación del sujeto moral en el adolescente, es decir procurando que él, depositario de un *manantial interior*<sup>36</sup>, desarrolle la competencia ética, entonces la familia<sup>37</sup> contribuirá a vivificar su realización individual, para otorgarle un significado auténtico a su aventura humana. Se exige “reconducir la ética a la teoría de la persona”<sup>38</sup> y crear una pedagogía de la competencia moral, que lea el problema de la responsabilidad subjetiva y social atendiendo a tres clases de lectura fundamental: *lectura eidética* (dimensión ontológica de la persona), *lectura ético-política* (dimensión objetiva), *lectura epigenética* (desarrollo unitario bio-psico-social por estadios cíclicos y por edad)<sup>39</sup>.

Admitiendo la doble consideración de que las estructuras ontológicas personales son las mismas sobre las que se estructura y se fundamenta la comunidad y de que la ética no puede ignorar la costumbre y las instituciones (así como la educación moral no puede hacer caso omiso del entorno) si reúnen las condiciones necesarias para favorecer una sensibilidad, concreta e individual hacia el deber moral.

A partir de la *lectura eidética*, que estudia la realidad personal (punto focal del sentir ético)<sup>40</sup> considerando la moralidad subjetiva a la luz de la dialéctica entre el Sí mismo, el otro y las instituciones, pasando por la *lectura ético-política*, que hace hincapié (con referencia al ámbito de la vida moral) en la relación sinérgica entre autonomía (la persona), las costumbres y el contexto institucionales, se llega a la *lectura epigenética*, que une los dos términos anteriores (sujeto y comunidad), centrando la atención en el crecimiento bio-psico-social

<sup>36</sup> Cf. MORIN, E., *Il metodo 6. Etica*, o. c., pp. 3-6.

<sup>37</sup> Cf. HABIB, C., *Il gusto della vita insieme. Elogio della coppia* (trad. del francés), Ponte alle Grazie, Milano 2014, pp. 131.

<sup>38</sup> XODO CEGOLON, C., *L'occhio del cuore. Pedagogia della competenza etica*, o. c., p. 151.

<sup>39</sup> Cf. ERIKSON, E. H., *I cicli della vita. Continuità e mutamenti* (trad. del inglés), Armando Editore, Roma 1984, pp. 26-28.

<sup>40</sup> Considerando a la persona como eje y valor supremo de la moralidad, esta perspectiva deja abierto un resquicio a la posibilidad concreta de que el sujeto encuentre dentro de sí mismo, superando las dificultades, las fuerzas necesarias para desarrollar una personalidad moral (desde el ejercicio de libertad y autonomía que es propio de él), incluso si las condiciones del entorno parecen estar en conflicto con el fomento de la eticidad. Esto significa que, si bien el contexto familiar y extrafamiliar incide sensiblemente en él, el sujeto encierra en sí potenciales auténticos para poder elevarse a sujeto moral, a pesar de las posibles contradicciones y las influencias negativas procedentes del mundo exterior.

del individuo, y que por tanto abre el campo a la cuestión pedagógico-educativa.

En definitiva queremos llamar la atención sobre la exigencia de considerar al menor no en abstracto sino en su carácter concreto (es decir integrado en su medio vital), reconociendo el valor de las relaciones familiares y sociales vividas cotidianamente. Relacionándose con lo otro (en la doble acepción de persona e instituciones) es cuando el adolescente experimentará la posibilidad de alcanzar una solidez identitaria, para emplearse a fondo al mismo tiempo en la evolución ética del carácter. De ahí la necesidad, para los educadores, de que sus energías y capacidades formativas converjan en el movimiento dialéctico relativo a la tríada: Sí mismo/otro/instituciones.

A partir de las reflexiones desarrolladas hasta aquí, a efectos del progreso moral del adolescente, se perfila un *iter* dividido en tres estadios, un camino que arranca del Sí mismo (I estadio) para dirigirse hacia los otros (II estadio) y las instituciones (III estadio), generando el desarrollo de la autoestima, de las capacidades relacionales, para llegar finalmente a adquirir la competencia ética y legal.

Cabe puntualizar que cada habilidad (o componente ético: autoestima, relación con la alteridad, competencia ética y legal), no obstante sea pertinente a un estadio determinado, sigue afinándose incluso después, paralelamente a las otras capacidades personales, ya que partimos del supuesto que reconoce y considera a la persona en su ser completo, en su totalidad. De todo ello tienen que tener conciencia las figuras de los progenitores a la hora de desempeñar su deber educativo, sobre todo en la adolescencia, cuando el menor (según este camino, que respeta el planteamiento epigenético resumido por Erikson) vive la delicada transición del Sí mismo a la alteridad. No hay más que pensar en las fuertes influencias, positivas o negativas, ejercidas por el grupo de iguales, del círculo de amigos, y que pueden llevar también a consecuencias dañinas para el propio sujeto y para la comunidad. De aquí la necesidad de una intervención formativa parental atenta a estas dinámicas, consciente de la ardua tarea identitaria (peculiar de la adolescencia) y fautora de la humanización personal del adolescente, mediante el recurso, en la familia, de buenas estrategias comunicativas y relacionales. Por otro lado, “un educador lo es de verdad porque decide proponer su ideal moral, *ofreciéndolo y comunicándolo*”<sup>41</sup>; ideal que sin embargo tiene que ser acogido voluntaria y libremente y con alegría por parte del sujeto en formación, para conducirse hacia una auténtica madurez moral.

<sup>41</sup> BELLINGRERI, A., *Il superficiale, il profondo. Saggi di antropologia pedagogica*, o. c., p. 183.

## 7. Conclusión. Por una pedagogía de la comunicación educativa

Siguiendo el camino educativo intencionadamente preparado por los educadores, el menor se dirige hacia la conquista de un estilo de vida que puede ser calificado de maduro, responsable y equilibrado. Se trata de un estilo que poco a poco empieza a hacer suyas peculiaridades específicas como la disposición al diálogo, los valores de la colaboración, de la solidaridad, del intercambio; valores que en la sociedad en la que vivimos, caracterizada por una *subalimentación emocional* son cada vez más relevantes<sup>42</sup>, es decir por esa peligrosa tendencia a otorgar relevancia fundamentalmente a lo material y no a lo emocional y lo espiritual. Semejante actitud, que mira sólo y únicamente a dar valor a las cosas en lugar de a las emociones, a las personas y a las relaciones sociales, lleva a preferir la esfera del poseer a expensas de la esfera del ser<sup>43</sup>. Es indudable que este comportamiento favorece el brote de esa indiferencia generalizada que hoy día muestra todo aquel que, dominado por un materialismo imperante, no ha tenido la posibilidad de experimentar sentimientos auténticos, debido a la ausencia de un camino educativo adecuado que tiende a otorgarle un valor absoluto a la persona, considerada como *fuerza de humanidad*<sup>44</sup>.

La acción educativa de los padres encierra en sí misma una indescriptible riqueza y un valor inmenso: solo a partir del trabajo mancomunado del padre y de la madre –cuyo objetivo es acompañar al hijo en su camino de crecimiento, en el respeto de la moralidad– es posible luchar contra el mal moral y no abandonarse a la degradación personal, para poder así eludir una vida carente de criterio ético, que pronto se revelaría una *no vida*. Hay que comprender que una interioridad contaminada, totalmente consagrada a la injusticia, al vicio, al placer, en una palabra, a la inmoralidad, conduce al extravío de la identidad, es decir a la pérdida del señorío de sí mismo.

A la luz del cambio cultural y de las nuevas formas de comunicación, hoy más que nunca se siente la necesidad de reflexionar sobre el cometido educativo que consiste en guiar pedagógicamente al menor hacia la formación del sentir ético, mediante una buena comunicación educativa<sup>45</sup>.

A efectos de la formación, como proceso dinámico, abierto y continuo (*lifelong learning*), no se puede dejar de dirigir la mirada al acto

<sup>42</sup> Cf. ID., *Il lavoro educativo in tempi difficili*, o. c., p. 10.

<sup>43</sup> Cf. FROMM, E., *Avere o essere?* (trad. del inglés), Mondadori, Milano 1996, pp. 245.

<sup>44</sup> Cf. ROSSI, B., *Educare il preadolescente*, o. c., p. 54.

<sup>45</sup> Cf. KAPLÚN, M., *Una pedagogía de la comunicación*, Ediciones de la Torre, Madrid 1998, pp. 252; PATI, L., *Pedagogia della comunicazione educativa*, Editrice La Scuola, Brescia 2008 (reimpr. con nuevo prefacio, I ed. 1984), pp. 266.



comunicativo, al ser este el eje del desarrollo personal y social del sujeto.

Respecto al pasado, en la época actual se ha entendido que entre padres/hijos, educadores/educandos hay que fomentar y actuar una relación comunicativa no autoritaria, jerárquica y asimétrica, pero arraigada en una relación formativa armoniosa, basada en la apertura a la alteridad. Todo ello porque la persona es comunicación consigo misma, con los demás y con el mundo; vive en la comunicación y estructura su identidad mediante la dialéctica comunicativo-relacional que llega a adoptar múltiples formas. A consecuencia de ello tanto el ser personal como la realidad comunicativa deben ocupar el centro mismo del proceso educativo, ya que éste se desenvuelve precisamente mediante la comunicación. Hay que procurar que el ser en fase de formación se convierta en *persona comunicativa* en sentido auténtico. Esto significa promover un sujeto dotado de pensamiento crítico, conocedor de sí mismo, capaz de remodelarse y de reinterpretarse éticamente a partir de sus vivencias.

## Referencias

- ÁLVAREZ VÉLEZ, M. I., BERÁSTEGUI PEDRO-VIEJO, A. (Ed.), *Educación y familia: la educación familiar en un mundo en cambio*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2006.
- ARISTÓTELES, *Ética A Nicómaco*, Mazzarelli, C. (Ed.), Bompiani, Milano 2000.
- BELLINGRERI, A., *Il superficiale, il profondo. Saggi di antropologia pedagogica*, Vita e Pensiero, Milano 2006.
- ID., Il lavoro educativo in tempi difficili, en “*La Famiglia*”, 245 (2008), pp. 7-14.
- BUZZI, C., CAVALLI, A., DE LILLO, A. (Ed), *Rapporto giovani. Sesta indagine dell’Istituto IARD sulla condizione giovanile in Italia*, il Mulino, Bologna 2007.
- DONATI, P., *La famiglia. Il genoma che fa vivere la società*, Rubbettino, Soveria Mannelli (CZ) 2013.
- ERIKSON, E. H., *I cicli della vita. Continuità e mutamenti* (trad. del inglés), Armando Editore, Roma 1984.
- FROMM, E., *Avere o essere?* (trad. del inglés), Mondadori, Milano 1996.
- GALLI, N., *Educazione dei preadolescenti e degli adolescenti*, Editrice La Scuola, Brescia 1990.
- ID., *La famiglia un bene per tutti*, Editrice La Scuola, Brescia 2007.

- GATTI, G., *Morale, Educazione morale, felicità*, en “Orientamenti Pedagogici”, 2 (2009), pp. 305-320.
- GINSBORG, P., *Famiglia Novecento. Vita familiare, rivoluzione e dittatura 1900-1950*, Einaudi, Torino 2013.
- HABIB, C., *Il gusto della vita insieme. Elogio della coppia* (trad. del francés), Ponte alle Grazie, Milano 2014.
- HERSH, R., REIMER, J., PAOLITTO, D., *El crecimiento moral: de Piaget a Kohlberg*, Narcea, Madrid 2002.
- KAPLÚN, M., *Una pedagogía de la comunicación*, Ediciones de la Torre, Madrid 1998.
- LABERTHONNIÈRE, L., *Teoria dell'educazione* (trad. del francés), La Nuova Italia, Firenze 1937.
- MACINTYRE, A., *After Virtue: a study in moral theory*, Duckworth, London 1981.
- MARITAIN, J., *L'educazione della persona* (trad. del francés), Editrice La Scuola, Brescia 1962.
- ID., *L'educazione al bivio* (trad. del francés), Editrice La Scuola, Brescia 1963.
- MOLLO, G., *La via del senso. Alla ricerca dei significati dell'esistenza per un'autentica formazione culturale*, Editrice La Scuola, Brescia 1996.
- MONDIN, B., *Filosofia della cultura e dei valori*, Editrice Massimo, Milano 1994.
- MORIN, E., *Il metodo 6. Etica* (trad. del francés), Raffaello Cortina Editore, Milano 2005.
- MOUNIER, E., *Il Personalismo* (trad. del francés), Ave, Roma 2004.
- PATI, L., *Progettare la vita. Itinerari di educazione al matrimonio e alla famiglia*, Editrice La Scuola, Brescia 2004.
- ID., *Pedagogia della comunicazione educativa*, Editrice La Scuola, Brescia 2008 (reimpr. con nuevo prefacio, I ed. 1984).
- ID., *Nuove fragilità e intervento educativo*, en “Consultori Familiari Oggi”, 2 (2014), pp. 7-11.
- PIAGET, J., *Dove va l'educazione* (trad. del francés), Editore Armando Armando, Roma 1974.
- Pietropolli Charmet, G., *Ritratto dell'adolescente di oggi*, Laterza, Roma-Bari 2009.
- ROSSI, B., *Educare il preadolescente*, Editrice La Scuola, Brescia 1995.
- XODO CEGOLON, C., *L'occhio del cuore. Pedagogia della competenza etica*, Editrice La Scuola, Brescia 2001.